



## **LA VERGÜENZA COMO ANTECEDENTE DE LA CULPA<sup>1</sup>** **(Comentarios al trabajo de Andrew P. Morrison,** ***Narcissistic Phenomena and Shame*)**

**Carlos Rodríguez Sutil<sup>2</sup>**

*Instituto de Psicoterapia Relacional, Madrid, España*

Voy a pasar rápidamente por las alabanzas de este trabajo, evidentes para todo lector medianamente informado, y voy a centrarme en la presentación de algunos conceptos fundamentales que Morrison articula aquí. No voy a ofrecer un resumen completo, que ahora considero poco útil. Pretendo aportar argumentos polémicos respecto a algunos puntos, que nos permitan un debate más o menos animado y arrojen, si es posible, una mayor luz sobre la dinámica del narcisismo. Morrison comienza su artículo con una acertada definición del narcisismo, en un sentido amplio, como la agrupación de todos los fenómenos – positivos o negativos, amplios o restringidos – que se relacionan con el sentido del sí mismo y con la experiencia del sí mismo.

La experiencia afectiva interna que representa al narcisismo, y que en algún grado está presente en todos nosotros, es un deseo de ser especial. Especial para *otro* concreto, significativo, alguien a quien hemos dotado de significatividad ...

**Palabras clave:** Vergüenza, Narcisismo, Culpa

**Key Words:** Shame, Narcissism, Guilt.

**English Title:** Shame as antecedent of Guilt. Comments to Andrew Morrison paper.

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Rodríguez Sutil, C. (2008). La vergüenza como antecedente de la culpa. Comentarios al trabajo de Andrew P. Morrison. *Clinica e Investigación Relacional*, 2 (1): 41-45. [ISSN 1988-2939]

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen21Mayo2008/tabid/355/anguaje/es-ES/Default.aspx>]

.... y poder. En su versión más patológica, ese deseo de ser especial a los ojos del otro idealizado lleva al anhelo por ser absolutamente único y, en definitiva, por ser el *único* objeto de importancia para él o ella.

En opinión de Morrison, la desregulación del narcisismo se produce cuando han sido ignoradas las necesidades del niño, lo que provoca graves alteraciones en la autoestima o la creación de un escudo defensivo grandioso. Las expresiones del narcisismo herido quedan guardadas en el interior. Las heridas y detenciones en el desarrollo pueden ser provocadas también por demandas excesivas. Esta explicación, aunque correcta, me produce cierta insatisfacción. Creo que es mucho lo que falta todavía desde el pensamiento psicoanalítico para determinar con cierta solidez qué provoca qué en el desarrollo infantil, aunque el grupo de Boston y los teóricos del apego han realizado aportaciones muy relevantes en los últimos decenios.

Desde el comienzo del artículo se subraya la relación íntima que guardan el narcisismo y el sentimiento de vergüenza. Cumple rápidamente con el criterio básico de todo tratamiento del asunto que se pretenda relacional, como es negar toda legitimidad al concepto de “narcisismo primario”, y lo completa apartándose de las explicaciones energetistas clásicas. Advierte un dato importante de la evolución teórica del concepto – señalado por Laplanche, Green, y Rosenfeld, entre otros – que el “narcisismo” como concepto hace *mutis* de los textos de Freud a partir de los años veinte, a favor de la teoría estructural y del conflicto edípico, lo que ha condicionado la investigación psicoanalítica posterior a centrarse en la culpa y desatender otras emociones más “primitivas”, como es la vergüenza.

El enfoque contemporáneo sobre el narcisismo fue inaugurado, aunque no agotado, por Hartmann, cuando afirmó que el narcisismo es la catexia libidinal, no del *ego*, en tanto instancia, sino del *self* como imagen de sí mismo. Freud ya había postulado que el ideal del yo era un heredero del narcisismo primario. Entendemos, desde luego, que el narcisismo, ya sea primitivo o posterior, es una retracción del afecto hacia sí mismo, una vez que existe un “sí mismo”, un *self*, mínimamente constituido.

Como bien dice Morrison, cuanto mayor es la discrepancia entre el *self* ideal y el *self* real, mayor es la vulnerabilidad ante la herida narcisista y, también, la susceptibilidad ante la vergüenza. El narcisismo cumple una función, que es la de mantener y reparar los vínculos afectivos entre el self y el otro y sirve, principalmente para enfrentarse a la vergüenza (cita a Helen Block Lewis, 1971), y está relacionado con la formación de la propia identidad (Erikson).

Lo más relevante de la aportación de Kohut a la cuestión del narcisismo fue su consideración del desarrollo normal, natural, del mismo y de la preocupación por el *self*, el sí mismo, independiente de cualquier línea evolutiva de apego objetal y amor. No es sólo una reacción infantil y/o patológica, que haya que eliminar, sino que tiene su propia línea de desarrollo, en relación con lo que Kohut denominó “objeto del self”. La psicoterapia depende de la capacidad del terapeuta para *empalizar* con los sentimientos y necesidades del paciente, más que de la confrontación o interpretación a partir de una posición teórica. Morrison encuentra sorprendente, con toda razón, que Kohut desestime el papel jugado por

el ideal del yo en la aparición de la vergüenza, pues lo consideraba mera “psicología social”, no compatible con una comprensión psicológica profunda. Morrison muestra que esto no es así, sino que el abismo entre el *self ideal* y el *self real* que se expresa en el sentimiento de vergüenza es provocado por el fracaso del *objeto del self*. Hace tiempo que estoy convencido de que no hay auténtica psicología profunda que no sea sociología, en cierta forma, quizá más preocupada por la sociología intraindividual – el debate en nuestro interior como aprendizaje del debate que aprendimos en el contexto infantil - o el estudio de grupos pequeños, familiares y otros.

Por eso me sorprende más, si lo he entendido bien, que Morrison proponga que la vergüenza es una *respuesta innata* del infante ante la falta de respuesta parental respecto a sus iniciativas o expectativas. Es muy probable que sea alrededor de los 18 meses cuando el niño desarrolla la autoconciencia con respecto a las diferencias con los otros, esta es la autoconciencia objetiva de Broucek (1982). Pero yo opino que la vergüenza no es una respuesta innata, sino cultural, y que desde ahí se entiende que haya culturas de la vergüenza – Japón según Ruth Benedict (1946), la Grecia homérica según Dodds (1951) – frente a la cultura de la culpa occidental, de la sociedad industrial y avanzada. No se entiende el afecto de vergüenza o ridículo sin otro que avergüenza o ridiculiza. Por otra parte, respuestas emocionales innatas debe haber muy pocas, como son el miedo (huida), el odio (ataque), el amor (emparejamiento) y, quizá, el asco (evitación erótica) (Cf. Rodríguez Sutil, 1998).

Sobre tipos de narcisismo, Morrison cita a Broucek (1982): narcisismo *egotístico* (*egotistical narcissism*) frente a narcisismo *disociativo* (*dissociative*), con sentimiento de inferioridad. Esto nos recuerda a la diferenciación entre *narcisismo de piel gruesa* frente a *narcisismo de piel fina*. “Thick skin/thin skin narcissism” es una expresión utilizada por Rosenfeld (1987). El narcisista de piel fina es hipersensible y se siente herido con gran facilidad. Como he comentado recientemente, al narcisista de “piel dura” no se le suele ver en consulta más que de forma excepcional, cuando ha sufrido una “herida narcisista” o bien cuando busca un objetivo material concreto: baja laboral, informe favorable u otros.

Cuando Morrison recoge la propuesta de Helen Lewis (1971) de que la vergüenza es un afecto protector del vínculo social, un aviso de que el *self* debe ser reforzado o recargado para preservar sus conexiones relacionales, me recordó la clasificación de las *fases del desarrollo moral* según la aportación de Lawrence Kohlberg (1964). Vengo utilizando esta clasificación durante los últimos diez o quince años, porque a mi entender sustenta sorprendentemente bien mi teorización sobre las posiciones de la personalidad, que ahora no voy a exponer en extenso. Diré que las posiciones clásicas kleinianas – esquizo-paranoide y depresiva - se completan a mi entender con una posición intermedia, llamada “confusional”, caracterizada por la rápida oscilación entre una dilatación del *self*, que se identifica momentáneamente con el *self-ideal*, y su caída depresiva, con la utilización frecuente de defensas maníacas (en el sentido de Klein) y del mecanismo de la *contrafobia* (Rodríguez Sutil, 2002). Esta posición confusional guarda ciertas semejanzas con la organización límite de nivel alto de la que trata Kernberg. Volviendo a Kohlberg, según su descripción, tras el primer período, *pre-moral*, en el que cada individuo busca su máximo rendimiento personal, y si elude saltarse las reglas es sólo en evitación del castigo, surge el período de la *conformidad convencional con las reglas*, en el que se cumplen las reglas y se respeta la autoridad para evitar la censura o la mala opinión del otro que es apreciado. El período pre-moral es el que parece predominar en los sujetos con funcionamiento propio de

la posición esquizoide (narcisistas, antisociales o agresivos, y esquizoides), mientras la conformidad convencional es la dinámica propia de las personalidades límite, en las que predomina la vergüenza por encima de la culpa, el temor a hacer el ridículo y diversos problemas con el control de impulsos, a mi entender son los fóbicos – o evitativos (*avoidant*) -, los límites en un sentido estricto (*borderline* del DSM) y los explosivo-bloqueados. Esta última es una denominación no utilizada en otros sistemas clasificatorios. Pero conviene advertir que “límite” es un modo de funcionamiento, un estado transitorio que también puede alcanzar a personalidades de la posición depresiva en momentos de crisis o con una organización deficiente de su personalidad. Kohlberg teoriza un tercer y definitivo período, de moral autónoma, en la que los principios universales de la ética alcanzan su máximo desarrollo, pero que es lograda por una pequeña proporción de la población.

Según mi interpretación de los datos, existen tres niveles en el desarrollo del *superyó*, por utilizar la denominación clásica en psicoanálisis:

1. *Superyó primitivo*: no existe sentimiento de culpa, se conocen las normas y no se cumplen, o sí se cumplen es para evitar las consecuencias negativas: retaliación, temores persecutorios. Narcisismo de piel gruesa y actitudes psicopáticas.
2. *Ideal del yo*: se ha interiorizado un ideal de lo que tiene que ser alcanzado, pero cuando no es así, predomina el sentimiento de vergüenza y el temor al ridículo. Se conocen las normas y se cumplen para no perder el reconocimiento (las normas también pueden estar limitadas a la familia o a un grupo reducido de referencia, incluso con actividades delictivas). Narcisismo de piel fina, oscilación entre la grandiosidad y la miseria interna.
3. *Superyó constituido*: predomina el sentimiento de culpa, sin que haya desaparecido la vergüenza. Las normas han alcanzado un nivel universal, aunque esto se haya logrado sólo para alguna de ellas.

Me parece que una de las aportaciones más relevantes de Morrison es lo que llama “la dialéctica del narcisismo”. Existen dos polos, el expansivo y grandioso, y el contraído, en el que el self se vuelve diminuto. Ambos polos generan vergüenza y lo normal es que se alternen en la mayoría de las personas - sobre todo en los narcisistas de “piel fina”, confusos o de moral convencional - , aunque casi siempre predomine más un polo que el otro. Mi experiencia en la práctica pública me lleva, sin embargo, a sugerir que existe el psicópata puro, pre-moral, en el que la vergüenza no está presente. Considero, de acuerdo con Mitchell y otros representantes del psicoanálisis relacional, que estos modos de funcionamiento son aprendidos dentro de una matriz familiar dada.

## REFERENCIAS

(No se han incluido las que figurarían repetidas con el artículo de Morrison)

Benedict, R. (1946). *EL Crisantemo y la Espada. Patrones de la cultura japonesa*. Madrid: Alianza, 2003.

Dodds, E.R. (1951). *Los Griegos y lo Irracional*. Madrid: Alianza, 1999.

Green, A. (1983). *Narcissisme de vie. Narcissisme de mort*. París : Les Éditions de Minuit.

Kernberg, O. (1984): *Trastornos Graves de la Personalidad*. México: El Manual Moderno, 1987

- Kernberg, O. (1992). *La agresión en las perversiones y en los desórdenes de la personalidad*. Buenos Aires: Paidós, 1994.
- Kohlberg, L. (1964). The development of moral character. En M.C.C. Hoffmann (comp.) *Child Development*. Nueva York: SAGE.
- Kohut, H. (1966). Forms and Transformations of Narcissism. *Journal of the American Psychoanalytical Association*, 14, 243-272.
- Laplanche, J. (1970). *Vie et Mort en Psychanalyse*. París : Falmmarion.
- Rodríguez Sutil, C. (1998). Emoción y Cognición. James, más de cien años después. *Anuario de Psicología*, 29, 3, 3-23.
- Rodríguez Sutil, C. (2002). *Psicopatología psicoanalítica. Un enfoque vincular*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rosenfeld, H. (1987). *Impasse e Interpretación*. Madrid: Tecni-publicaciones, 1990.

## NOTAS

---

<sup>1</sup> Trabajo leído el 8 de febrero de 2008 en el *Instituto de Psicoterapia Relacional*, Madrid, como comentario a la lectura de la primera parte del trabajo de Andrew P. Morrison.

<sup>2</sup> Doctor en Psicología, Psicólogo Clínico. Vice-Presidente del *Instituto de Psicoterapia Relacional*.